

MASSIMO LIVI BACCI

**EL DORADO
EN EL PANTANO**

**Oro, esclavos y almas
entre los Andes y la Amazonia**

Traducción de
Bernardo Moreno Carrillo

Marcial Pons Historia
2012

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
INTRODUCCIÓN	9
NOTA	13
I. UNA PEPITA DE ORO MAYOR QUE UN LECHÓN; EL TESORO DE ATAHUALPA ENRIQUECIÓ A SESENTA Y CUATRO JINETES, A CIENTO TREINTA Y OCHO INFANTES Y AL REY DE ESPAÑA; EL DORADO, CACIQUE VANIDOSO Y ESPOLVOREADO CON ORO, SE BAÑA EN EL LAGO; HISTORIAS DE AMAZONAS Y DE UN ARTILLERO GRIEGO.....	15
II. AL PIE DE LOS ANDES, EL TERRENO PERMANECE ANEGADO CINCO MESES AL AÑO. LOS HABITANTES DEL GRAN PANTANO, MANSOS, INGENIOSOS Y ADAPTABLES. TRES HOMBRES HACEN UN CENSO EN BARCA. TIERRA Y AGUA EN CANTIDAD, PERO NI ORO NI PLATA NI PIEDRAS PRECIOSAS	41
III. EL MITO DEL PAITITI, O PADRE-TIGRE, Y LAS MISTERIOSAS MIGRACIONES INCAS TRAS LOS ANDES. UN MESTIZO RICO Y NOBLE, ACOMPAÑADO DE CATORCE HOMBRES, A LA CONQUISTA DE MEDIA AMÉRICA. EL DORADO HUNDE SUS RAÍCES EN LOS PANTANOS DE LOS MOJOS. LOS CIUDADANOS DE SANTA CRUZ —ONCE CALLES SIN ORDEN—, A LA CAPTURA DE ESCLAVOS	61
IV. TERMINADA LA CAPTURA DE HOMBRES, COMIENZA LA DE ALMAS. UN CAPELLÁN ENFERMERO Y UN MISIONERO LINGÜISTA. HACHAS, CUÑAS Y CUCHILLOS A CAM-	

	<u>Pág.</u>
BIO DE OBEDIENCIA. CATEDRALES DE BARRO Y MADE- RA CON TRES NAVES	79
V. LOS BUENOS DE LOS PADRES, FRENTE A LAS LIBRES COSTUMBRES DE LOS MOJOS. UN JERGÓN, DOS GAN- SOS Y DOS HUSOS, DOTE DE LA NOVIA. LOS INDIOS Y LAS ENFERMEDADES: ¿ESTOICOS O SANOS? PORTU- GUESES Y ESPAÑOLES EN GUERRA EN LOS CONFINES DEL PANTANO. 1768, LA TRISTE EXPULSIÓN DE LOS PA- DRES: PARTEN VEINTICUATRO, LLEGAN CATORCE.....	99
EPÍLOGO.....	119
NOTAS.....	129
CRONOLOGÍA	143
GLOSARIO	147
APÉNDICE.....	149
FUENTES DE LAS ILUSTRACIONES.....	157
ÍNDICE DE NOMBRES	159

INTRODUCCIÓN

Hace ya bastante tiempo hice una breve parada en Bogotá de manera fortuita e imprevista; breve, pero suficientemente larga para poder trepar hasta la cima del Monserrate, el cerro que domina la ciudad y el altiplano que la rodea. Hoy recuerdo con satisfacción cómo se divisaban desde allí las lindes de la alta pradera —la *sabana*—, donde en 1538 se fraguó el mito de El Dorado. Un espejismo nacido del extraordinario y casual encuentro de tres aventureros-conquistadores: el hombre de leyes sevillano Jiménez de Quesada, el capitán alemán Nicolás Federman y el poderoso amigo de Francisco Pizarro, Sebastián de Benalcázar. Aquellas inesperadas horas de espera me permitieron visitar rápidamente el Museo del Oro, la extraordinaria colección de objetos modelados por los orfebres chibchas, una civilización barrida por el huracán de la conquista. Objetos ricos y fantasiosos, expuestos —sería más apropiado decir hacinados— en unas pocas salas, estrechas y vigiladísimas, del Banco Nacional de Colombia. Una visita que quedó sepultada en los meandros de la memoria, un breve intervalo en medio del tedioso peregrinar de un aeropuerto a otro. Muchos años después, la curiosidad de Nicoletta, mi mujer, me llevó al pantanal brasileño, la vastísima región que buena parte del año permanece sumergida a causa de las crecidas del alto Paraguay y sus afluentes, y que, al retirarse las aguas —durante los largos meses

de sequía—, aparece árida y achicharrada por el sol. Ahí, varias etnias pequeñas, que han dejado escasos rastros en la historia, habían vivido alimentándose con los productos de la caza, la pesca y una agricultura elemental. Ningún vínculo unía estas dos visitas, alejadas por una extensión geográfica de miles de kilómetros —con los Andes de por medio— y por un intervalo cronológico de treinta años. Pero el nexo de unión surgió, primeramente confuso y después más nítido, merced a las incursiones que realicé en el Archivo de la Compañía de Jesús en Roma (el ARSI) en busca de testimonios demográficos sobre los indios. Pues bien, en las llanuras de los mojos, al pie de los Andes, semejantes al pantanal brasileño y regadas por los ríos de la cuenca alta del Madeira —uno de los principales afluentes del río Amazonas—, los hijos espirituales de san Ignacio de Loyola fundaron a finales del siglo XVII un sistema de misiones sólo superado (en población, organización e importancia) por las treinta misiones del Paraguay. Esta región, conocida y explorada tardíamente por los españoles, fue considerada durante mucho tiempo una provincia misteriosa, habitada por gente que poseía mucho oro y objetos preciosos: una región llamada también El Dorado, el Paititi, el reino del Gran Mojo o la patria de la Gran Noticia. Un El Dorado que, a partir de los años treinta del siglo XVI, obsesionó a los conquistadores, impulsándolos a franquear los Andes y a explorar las ignotas y selvosas comarcas orientales, en unas expediciones a menudo desastrosas y siempre decepcionantes. Un El Dorado elusivo, situado cada vez más al oriente, o más al sur, y por tanto siempre más allá de la línea del horizonte conforme avanzaban las exploraciones. La tierra de los mojos —en la actual Bolivia oriental— fue la última, y tardía, meta de estas exploraciones. Los españoles buscaban oro, pero encontraron un pantano. Así, de los meandros de la memoria surgió el vínculo entre mis dos visitas y, con él, inesperadamente, la razón de estas páginas.

Medio siglo después del primer viaje transoceánico de Colón, ya se conocía la fisonomía del continente americano en líneas generales. Con Colón, se exploraron y colonizaron las grandes y pequeñas Antillas, así como gran parte de la costa caribeña, hasta las actuales Venezuela y Colombia. En 1513, Balboa atravesó el istmo de Panamá y avistó el «mar del sur», es decir, el Pacífico. En 1520, al doblar el cabo de Hornos, Magallanes abrió el tránsito entre los dos océanos. A partir de 1515, el río de la Plata y su cuenca fueron visitados por el expedicionario Juan de Solís. En 1531, Diego de Ordaz remontó el Orinoco y, en 1540, Francisco de Orellana recorrió en toda su longitud

el río Amazonas, desde las laderas de los Andes hasta el mar abierto. Asimismo, la conquista de México y la de Perú significaron un importante impulso para la exploración y colonización de Mesoamérica y de la zona andina. Por su parte, los colonizadores portugueses ocuparon puntos estratégicos de la costa de Brasil. Grandes centros urbanos precolombinos, como Ciudad de México, Quito y Cuzco, se convirtieron en ciudades europeas, al tiempo que se fundaron ciudades que, en siglos sucesivos, se iban a convertir en grandes metrópolis: La Habana, Santo Domingo, Bogotá, Lima, Santiago y Buenos Aires. Hacia 1550, el asentamiento europeo contaba ya con diversas decenas de miles de colonos repartidos por todo el continente. Decenas y decenas de naves enlazaban cada año Europa con América, llevando a bordo aventureros y colonos, funcionarios y religiosos, mercaderes y artesanos, pero también microbios, simientes, plantas, animales y utensilios. Las crónicas, los informes, las misivas y los testimonios orales difundieron por toda Europa los sucesos y asuntos del Nuevo Mundo. La rapidez con la que todo el continente fue explorado, sometido y colonizado asombró al mundo entero, empezando por los propios conquistadores.

¿Por qué se produjo la conquista con tanta velocidad? Naturalmente, las explicaciones son múltiples. Entre ellas, por el gran progreso en la navegación, que permitió surcar el océano con facilidad y poco riesgo y crear lazos continuos e intensos entre los dos continentes. Pero también por la enorme diferencia en tecnología y conocimientos entre europeos y autóctonos, que permitió a los primeros imponerse a los segundos a pesar del enorme desequilibrio numérico. Un diferencial debido más bien a las capacidades organizativas y logísticas que a la posesión de armas (de acero y de fuego) y de caballos. Asimismo, constatamos la natural extensión de la presión comercial y económica que había llevado ya a la explotación de las islas del Atlántico y de las costas de África. Y, en España concretamente, pesó mucho la existencia de una nutrida casta de hidalgos con escasos dineros y muchas ambiciones, animados por tradiciones guerreras y disponibles para cualquier aventura. Pesó igualmente la esperanza de encontrar tierras prósperas y poblaciones ricas para someterlas y convertirlas a la religión verdadera. Para los particulares, tuvo una enorme importancia la perspectiva de enriquecerse y la que Pedro Mártir de Anglería definiera como «la mortífera hambre de oro». En la primera fase de la conquista, fueron muchísimos los que murieron ahogados en mares y ríos, perdidos en el transcurso de marchas y expediciones,

muertos en batallas y escaramuzas con los autóctonos o en luchas entre distintas facciones, o víctimas del hambre y de las enfermedades. Expediciones enteras desaparecieron sin dejar rastro alguno. Cuanto mayor era el riesgo más alta era la apuesta y mayor la esperanza de un rápido enriquecimiento. El mito de El Dorado nació de la desesperada búsqueda de la riqueza y fue un impulsor, en absoluto secundario, de mil aventuras y exploraciones, alimentando desesperadas apuestas a ciegas. Un mito que a su vez se alimentó de una excepcional combinación de relatos legendarios y de hechos reales.

El Dorado en el pantano traza el surgimiento del mito y su fin con referencia a una población —la de los mojos— que habitaba en las inmensas llanuras de la Bolivia oriental, anegadas durante varios meses del año. Los contactos con los europeos eran esporádicos y difíciles por las particulares condiciones de asentamiento de los mojos, muy alejados de las avanzadillas de la colonización. Para los europeos, la de los mojos fue una de las numerosas regiones de Sudamérica que albergaban el mito de El Dorado, donde vivía un misterioso y riquísimo Gran Mojo. Pero las exploraciones revelaron paulatinamente que en las llanuras fangosas sólo vivían unas poblaciones paupérrimas, atrasadas e inadaptadas —al ser poco numerosas y hallarse muy dispersas— a la explotación en masa que en otras partes permitió a los españoles enriquecerse incluso a falta de oro, plata o piedras preciosas; unas poblaciones que, sin embargo, vivieron establemente en un hábitat difícil gracias a una extraordinaria capacidad de adaptación y que durante casi un siglo se mantuvieron muy vivas bajo el gobierno de los jesuitas. La expulsión de éstos, la corrupción del clero secular y de la administración civil y, en la segunda mitad del siglo XIX, la emigración para la recogida del caucho, provocaron una larga y fatal decadencia. Entre los mojos, al igual que en otras partes de América, los europeos ocasionaron una revolución de índole a la vez demográfica, cultural y material.